



Capítulo 315 - ¡LLÉVAME CONTIGO!

"Llámame eunuco una vez más...", dijo Virgilio, con la voz tan baja como un trueno antes de la tormenta. "...y te arrastraré al infierno, te pondré en una silla de uñas y te dejaré sentado frente a Zafiro. Sonriendo. Y sin filtro de belleza."

Su mirada era penetrante, pero no era pura ira. Era más bien una curiosidad primitiva que se cernía sobre sus pensamientos.

Claro, él era diferente, así que la mirada impactó a Afrodita, dejándola paralizada. Literalmente.

Sus hombros se encogieron, su respiración se entrecortó y la sonrisa que había mantenido por pura fuerza de vanidad se convirtió en un espasmo nervioso.

¡Oye! Ya te ayudé, ¿de acuerdo? —alzó las manos temblorosas como si fuera un agente de la Gestapo—. ¡Entonces, por favor, vete! Te... te prometo que te llamaré cuando Perséfone esté disponible, ¿de acuerdo? Tienes la flor, tienes las palabras clave, tienes mi trauma. ¡Estamos a mano!

La diosa de la belleza, el amor, la lujuria y el sexo... ahora parecía más una adolescente que había sido sorprendida jugando con el bolso de su madre.

Vergil la observaba. No respondió. El silencio se alargó como la sombra de una cuchilla en la garganta. La habitación parecía haber sido absorbida por un vacío gélido, el tipo de silencio que solo precede a la tragedia o a la risa malvada.





Afrodita sintió un hormigueo en la piel. Un lado de ella quería explotar, convertirse en una luz tan intensa que cegaría al hombre frente a ella. El otro lado... se esforzaba por no orinar de nervios.

«Esa zorra...», pensó Vergil, apretando los puños. No por desprecio, sino por autocontrol. Su instinto asesino se había activado, y eso no era algo que se pudiera apagar con un interruptor.

Era una diosa. Un ser que antaño había sido adorado en esculturas de mármol y cantado por poetas ebrios a la luz de las antorchas. Pero... también era una diosa que casi le destroza la columna vertebral de una bofetada; sí, el golpe que le propinó... podría haber sido fatal si no hubiera tenido una regeneración absurda. Por eso, incluso ahora, no podía tomarla a broma. Por muy... estúpido que fuera.

«En total, 107 huesos se rompieron con un solo "Empujón Divino"», pensó, pasándose la lengua por los dientes. «No puedo subestimarla solo porque actúa como una influenciadora en un colapso emocional».



Afrodita intentó disimularlo, pero sus manos seguían temblando. Una de ellas aferraba un jarrón con flores marchitas como si fuera un amuleto de protección divina. La otra se deslizó lentamente para recoger un dulce que llevaba allí desde la Pascua de 1996. Cualquier cosa con tal de mantener sus dedos ocupados.

El silencio se volvió pesado.

Hasta que Vergil suspiró con fuerza. Un sonido pesado, con un toque de decepción y agotamiento.



"Ni siquiera tienes mi número. ¿Cómo vas a llamarme?", dijo con la voz entrecortada. Era un tono entre la irritación y la incredulidad.

"Es-es verdad..." tartamudeó Afrodita, tratando de recomponerse mientras sacaba su teléfono celular del profundo escote entre sus perfectos pechos.

Vergil entrecerró los ojos. "Maldito exhibicionista...", murmuró en voz baja, como quien comenta sobre un terremoto en pleno desayuno.

Sonrió sin perder un segundo. "¿Mmm? ¡Ay, por favor! ¡No tengo bolsillos! ¿Y estos bebés?", dijo, pasándose la mano por los pechos con naturalidad ensayada.

"Son perfectos. ¿Te gustaría echarles un vistazo?", añadió con un guiño, bajando su escote y dejando al descubierto parte del bronceado brillante de su piel sudorosa. Había un aroma a flor de loto y pecado en el aire.



Vergil miró hacia otro lado con un gruñido interno.

"¿Qué tal si no?", respondió brevemente, intentando contener la repentina oleada de calor que le recorrió la espalda. Algo en su interior empezó a fallar. Como si su mente fuera atraída por una gravedad desconocida.

¡Mierda! ¿Me estoy... me estoy enamorado de ella? —pensó alarmado. Sintió su energía etérea colándose como un velo sobre su voluntad, probándolo, provocándolo.

Afrodita se mordió el labio inferior, sus ojos brillaban de curiosidad.



—¡Madre mía! ¡Te estoy ayudando, listillo! Lo mínimo que podrías hacer es sentir algo, aunque sea un pequeño escalofrío. —Hizo un puchero como una niña malcriada, pero sus ojos parecían escudriñar cada micro expresión suya—. ¿Qué clase de hombre eres? ¿Tienes... cero deseos? ¿Cero emociones? ¿Un hombre frío con cara de modelo? ¡Por favor! ¡Solo un poco de cariño! —Se cruzó de brazos, pero la pose era más provocativa que defensiva.

"¿Eres bipolar?", preguntó Vergil, sin siquiera fingir cortesía. Un momento parecía una víctima en pánico, al siguiente un depredador sexual hambriento.

"Bi-bi-bi... ¿bi qué?" Afrodita frunció el ceño, genuinamente confundida.

—Definitivamente. Bipolar. —Vergil confirmó internamente con un suspiro.

Ella puso los ojos en blanco dramáticamente y murmuró, casi con desprecio:

¿Sabes qué? Si quieres controlarlos, puedes. En serio. Estoy acostumbrada a que este mundo me trate como si solo fuera... carne. Un cuerpo con un perfume caro. —Había dolor en su voz, aunque se disfrazara de ironía—. Toma, dame tu número —dijo ella, mirando de nuevo su celular, intentando parecer indiferente.

Pero antes de que pudiera darse cuenta, Vergil desapareció frente a ella y apareció a su lado, como un rayo.

Su mano tocó la de ella.

Y el mundo de Afrodita... se derrumbó.





El contacto físico, tan banal, tan simple, desencadenó una reacción absurda en su cuerpo divino. Una grieta recorrió su cuerpo, como si un rayo le hubiera penetrado la piel y explotado en las venas. Sus ojos se abrieron de par en par, entre conmoción y éxtasis. Sus piernas cedieron.

Dejó caer su teléfono celular con un ruido sordo y seco.

Su cuerpo se arqueó hacia atrás, los músculos se tensaron involuntariamente como las cuerdas de un laúd a punto de estallar.

"Ahh ♥" Se le escapó un gemido, sutil, involuntario. Su respiración se volvió irregular, jadeante, y el mundo giró a su alrededor como si hubiera tomado un afrodisíaco celestial. Pero no... era solo él, Vergil estaba completamente normal.

Fue sólo ese maldito toque.

—¿Qué... qué me has hecho?! —jadeó, arrodillada en el suelo, con las manos temblorosas y las pupilas dilatadas. Sus ojos lo buscaron con desesperación; no de miedo, sino de incompreensión. De finalmente, por primera vez en mucho tiempo, sentir algo real.

Sus sentidos estaban en guerra.

Su corazón, antes frío por no haber sido tocado, ahora latía como un tambor de guerra. Sus muslos temblaban incontrolablemente, el centro de su cuerpo ardía como si algo se estuviera incendiando en su interior. Sus pechos se tensaron al instante y su piel brilló con un sudor divino. Cada centímetro de ella anhelaba, pero no con deseo carnal; era algo más profundo, más ancestral. Era conexión.





Y eso la aterrizó.

—¡Eso... eso no debería pasar! —murmuró con voz temblorosa, intentando mantener cierta dignidad—. Eso... ¿qué es eso...?

Virgilio, aún con el celular en la mano, observaba a Afrodita en el suelo como si hubiera presenciado algo sagrado, o quizás, algo peligrosamente profano. El silencio entre ellos era denso, como el humo del incienso en un templo cerrado.

Él no lo entendió. Simplemente la tocó. Un simple toque.

Ninguna intención, ningún hechizo, ninguna provocación calculada.

Sólo...un toque.

Y eso fue suficiente.

—Estás... mojada —dijo en voz baja, casi un susurro, no de burla, sino de genuino asombro.

Afrodita se quedó paralizada. Sus ojos, grandes e intensos, se posaron en el suelo. La humedad que la rodeaba no dejaba lugar a la negación. Su cuerpo temblaba, exhausto y extasiado, como si la hubiera atrapado una tormenta de placer involuntario.

Su respiración, antes rítmica, ahora era irregular y jadeante. Tenía la boca entreabierta. Sus manos temblorosas se aferraban al vientre como si intentaran contener lo que bullía en su interior.

¿Me... corrí? ¿Solo porque me tocó?





Hubo un breve instante en que todo a su alrededor se convirtió en ruido de fondo. Porque todo, absolutamente todo, se había reducido al calor que aún latía en su cuerpo, resonando con el tacto de Vergil como una melodía que no sabía que podía oír.

Se llevó una mano a la boca, casi como si intentara callar una confesión que no debía escapar. Sus ojos, por primera vez en milenios, estaban llorosos.

No por tristeza. No por vergüenza.

Era confusión. Vulnerabilidad. Y.... algo más profundo. Algo que ella, la Diosa del Amor, jamás imaginó poder experimentar en carne y hueso: puro deseo, nacido del alma, no del ego.

"Pero, ¿cómo...?" preguntó con voz ronca y baja, como si la respuesta pudiera destrozarla por completo.



Virgilio permaneció en silencio un segundo más, contemplando la figura de la diosa caída. Ella, que antes irradiaba confianza en sí misma y encanto, ahora parecía frágil... incluso humana. Pero no podía dejarse llevar. No allí. No ahora.

Con calma, marcó su número en el celular aún encendido, el mismo que había provocado tal reacción con solo tocarlo. Ingresó su nombre como "Lucifer" y luego dejó caer el dispositivo con precisión sobre el mostrador de la tienda, sin mirarlo.

Se giró para marcharse, teniendo cuidado con el suelo.

Bajó la mirada un instante, analizando las huellas húmedas que la rodeaban: las huellas de lo que el contacto había causado. Sin comentar, dio un pequeño



paso a un lado, evitando el brillo iridiscente de los «jugos de la diosa», respetuoso... pero consciente.

—Lámame cuando aparezca Perséfone —dijo con la misma voz firme que antes, mientras ya caminaba hacia la salida.

Pero justo cuando pasaba junto a ella, una mano temblorosa le agarró la pierna.

"¡LLÉVAME CONTIGO!"

La súplica resonó en el aire.

Afrodita, aún arrodillada, levantó la vista con los ojos muy abiertos. Había desesperación en ellos. Una desesperación que ni siquiera ella parecía comprender del todo.

¿Te estás volviendo loca? ¡Si te llevo, moriré yo! ¡O mejor dicho, moriremos los dos! —dijo, intentando zafarse de ella con un movimiento de pierna... Parecía un niño con las uñas clavadas en la ropa...

"¡No me importa! ¡Llévame a la muerte! ¡Pero llévame contigo!"

